

SIGLO Y MEDIO VALENCIANOS: 1851-2001

- **Grandes etapas en la evolución socioeconómica de la comarca de Requena-Utiel.**
- **La coyuntura socioeconómica a mediados del siglo XIX.**
- **El contexto español e internacional.**

Juan Piqueras Haba

La anexión de la comarca de Requena-Utiel a la provincia de Valencia tuvo lugar en un momento de grandes cambios tanto a escala regional, como nacional e internacional. Dichos cambios afectaban directa e indirectamente a nuestra comarca y, como trataremos de explicar, aconsejaban su integración en el ámbito valenciano, mas concretamente, en el área de influencia económica y administrativa de la ciudad de Valencia.

LA REVOLUCIÓN INDUSTRIAL Y SUS CONSECUENCIAS

A escala internacional, Europa estaba viviendo la difusión de la llamada revolución industrial, que se había iniciado en Inglaterra ya en el siglo XVIII y se propagaba ahora a otras regiones del continente (Alemania, Francia, Bélgica, Holanda, norte de Italia, etc.) y de la misma Península Ibérica (Cataluña, País Vasco, Alcoy, etc.). La revolución industrial iba acompañada de otros dos procesos: la urbanización y la revolución de los transportes.

La urbanización suponía la formación de grandes mercados compradores de todo tipo de bienes de consumo, incluidos los alimentarios y, entre ellos, algunos de los producidos en tierras valencianas, tales como las naranjas, las cebollas, el arroz, el azafrán, las pasas y, por supuesto, el vino.

La revolución de los transportes, gracias a la aplicación de la maquilina de vapor tanto en la navegación marítima (vapores en lugar de veleros) como en la circulación terrestre (ferrocarril) permitían llevar a mayor velocidad y en mayores cantidades las mercancías. La construcción de carreteras con firme

adecuado para el tránsito de carros completaba aquel proceso modernizador en el transporte.

Valencia fue una de las zonas de España que mejor supo conectar con aquel nuevo orden comercial que empezaba a gestarse en Europa. La modernización del Puerto del Grao a partir de 1852, la construcción de una red ferroviaria orientada al mismo entre 1852 y 1890, abarcando las principales comarcas agrícolas, y la misma especialización de estas TMúltimas en cultivos demandados por el mercado europeo, permitirían hacer de Valencia una de las regiones mejor integradas en Europa. Pertenecer al ámbito económico de Valencia y su puerto significaba entonces incorporarse al progreso agrícola y comercial y poder desarrollar, como así fue, una especialización productiva, en nuestro caso, el vino.

LA MODERNIZACIÓN DE LA ADMINISTRACIÓN DEL ESTADO.

Otro elemento coyuntural a tener en cuenta es la reforma que la Administración del Estado había puesto en marcha en 1833 con la división de España en unidades territoriales llamadas Provincias que, a su vez, se subdividían en Partidos Judiciales. Liquidado definitivamente el Antiguo Régimen, España inauguraba un nuevo modelo de gestión de la "cosa pública", tendente a una mejor "governabilidad" del Estado. Por primera vez en España, la palabra «gobierno» significaba la institución de organismos públicos estables encargados por una parte de velar por el cumplimiento de la ley y la seguridad ciudadana, y por otra de asegurar al Estado su financiación. Siguiendo una estructura piramidal (Capital del Estado, Capital de Provincia y Cabeza de Partido) el gobierno de España desarrolló a partir de 1833 una serie de funciones tales como la recaudación de impuestos (la contribución), para lo que había que saber primero que bienes tenía cada ciudadano (catastro y registro de la propiedad), la administración de la justicia (juzgados), el orden público (cuartel de guardia civil y cárcel), reclutamiento de soldados, servicio de correos, etc. etc. (sanidad y educación serían asumidos mucho más tarde y de momento eran atendidos con cargo a los presupuestos municipales o particulares)

En una palabra, la «nueva» Administración del Estado desarrollaba pequeñas capitales comarcales en forma de cabeza de partido judicial, en nuestro caso Requena, cuyo funcionamiento exigía una relación cada vez más directa e intensa con su respectiva capital provincial. Y si, como se decía de nuestra dependencia eclesiástica, «lejos estaba Cuenca para ir a por los óleos», en referencia al engorro que suponía ir una vez al año a la sede episcopal, mucho más fastidiosa sería percibida entonces la relación de todo aquel aparato civil, judicial y de orden público, en una palabra, de gobierno, entre Requena y Cuenca, separadas como estaban por cuatro o cinco jornadas de viaje por malos caminos. Por contra, bajar a Valencia por la recién terminada Carretera de las Cabrillas (1847), «la mejor de España» según

algunos comentaristas de la época, podía hacerse en una sola jornada.

En conclusión, tanto la coyuntura económica como las ventajas en la gobernabilidad, aconsejaban en aquellos momentos el cambio de provincia.

PRIMERA ETAPA: 1851-1915
Expansión vitícola y demográfica
Colonización y dispersión rural

A grandes rasgos, la primera etapa abarca desde los inicios de la gran expansión vitícola y demográfica, hasta la segunda década del siglo XX, cuando tiene lugar la primera gran crisis del modelo vitícola-rural causada por la propagación en nuestros viñedos de la plaga filoxérica, agravada por un fuerte ataque de mildiu en 1915 (hubo otros en 1921, 1926 y 1929) y por una caída generalizada de la cotización del vino.

Un fiel reflejo del carácter expansivo de esta primera etapa es el crecimiento demográfico. Efectivamente, a pesar de las repetidas epidemias de cólera en 1855, en 1865 y, sobre todo, en 1885 (en ésta última murieron entre el 4 y el 5 % de sus habitantes) la población comarcal creció de poco más de 21.600 hbs en 1845 a casi 44.800 en 1920. Pero más importante que el propio incremento demográfico es la dispersión del poblamiento en infinidad de aldeas y caseríos. Queremos resaltar, y este podría ser un buen tema de investigación histórica, la auténtica colonización humana de grandes zonas de nuestra comarca que, hasta entonces, habían estado despobladas e incultas. Aquella explosión del poblamiento rural se materializó en más de medio millar de casas de campo y tres docenas de caseríos grandes que llegarían a obtener la categoría de aldea (5 en término de Utiel, 6 en el de Venta del Moro y 26 en el de Requena).

Por contra, la ciudad de Requena, que en 1850 concentraba ella sola la tercera parte de la población comarcal, se mantuvo estancada en torno a los 8.000 habitantes y en 1920 no llegaba ni a la quinta parte (el 18 %) del total comarcal. Y ello a pesar de su condición de capital judicial, que conllevaba toda una larga serie de funciones administrativas y comerciales. Pero la llegada de funcionarios, administrativos, fuerzas de seguridad, comerciantes, etc. fue contrarrestada por una emigración masiva de tejedores de seda en paro, que marcharon a Cataluña y Valencia o se fueron a plantar viñas a las aldeas.

La ruina de la industria de la seda fue precisamente el contrapunto negativo a una etapa de gran progreso agrícola. La sedería de Requena, cuyo origen se remonta cuando menos al siglo XVI, conoció su mejor época durante el XVIII y empezó a decaer a comienzos del XIX, aunque todavía en 1843 seguían activos 550 telares de los 900 censados. La crisis se aceleró a partir de 1850 y entre sus causas habría que citar la escasez y encarecimiento de la materia prima, pero sobre todo la incapacidad empresarial (técnica y financiera) para adaptarse a los nuevos mercados, cambiando la seda por el

algodón, y organizando la producción en verdaderas fábricas, en lugar del sistema de trabajo a domicilio que habían practicado hasta entonces. La mayoría de empresarios emigraron o, deslumbrados por el boom vinícola, invirtieron sus capitales en la compra de tierras, la plantación de viñas y la construcción de bodegas. Sólo algunos, como García de Leonardo, apostaron por seguir el trabajo de la seda y modernizaron los sistemas de producción, instalando incluso máquinas de vapor en 1858. Pero nada pudo evitar la decadencia definitiva y el número de telares activos había descendido a 175 en 1863 y a sólo 20 en 1890.

Frente a la liquidación de la sedería estaba el esplendor vitivinícola. La fuerte demanda internacional de vino por parte de las nuevas sociedades industriales y urbanas podía haber sido por sí sola un buen acicate para la expansión vitícola de nuestra comarca, y, de hecho, desde finales del siglo XVIII eran muchas las viñas que se habían plantado en el término de Utiel y en algunas aldeas de la Vega de Requena y en Campo Arcís.

Pero otros factores vinieron a contribuir para que lo que podría haber sido un crecimiento pausado se convirtiera en una auténtica explosión vitivinícola y que nuestra comarca se abocara hacia el monocultivo de la vid. En primer lugar habría que citar las crisis de producción habidas en la mayor parte de Europa durante la segunda mitad del XIX por culpa de aquella trilogía de plagas venidas de Norteamérica: el oidium, el mildiu y, sobre todo, la filoxera. Al descender drásticamente la producción de vino de Francia, Italia, Suiza y Alemania, los grandes proveedores de vino europeos buscaron el que les faltaba en España. Pero no en cualquier parte de España, sino en aquellas regiones productoras de vino tinto que, además, estuvieran próximas a un puerto de mar, ya que el transporte terrestre encarecía mucho los precios.

Nuestra comarca poseía aquellas cualidades: tenía una materia prima ideal (vino tinto de mucho color y sabor neutro, ideal para mezclar con vinos más claros y flojos) y estaba cerca del puerto de Valencia. Además había mucho terreno virgen para llevar a cabo extensas plantaciones y los propietarios de la tierra, adquirida en su mayor parte a precios de auténtico saldo durante la Desamortización de los Bienes de Propios (antiguas dehesas concejiles puestas a la venta a finales del XVIII y comienzos del XIX), se mostraron generosos a la hora de crear nuevos viñedos, otorgando contratos de plantación a medias a los aparceros a cambio de su trabajo.

De esta manera, la propia expansión del cultivo de la vid trajo consigo no sólo la colonización de muchas tierras hasta entonces incultas o dedicadas a cereal, sino que supuso el acceso a la propiedad de muchos jornaleros, que se convirtieron así en pequeños viticultores, al tiempo que seguían trabajando como jornaleros en las fincas de los grandes propietarios.

En buena medida, se puede afirmar que entre 1850 y 1915 tuvo lugar una auténtica democratización de la propiedad vitícola. Se iniciaba así el

traspaso de propiedad desde los grandes propietarios (en buena parte absentistas) a los campesinos, un proceso que había de prolongarse luego durante el siglo XX mediante nuevas plantaciones a medias y compras en metálico, hasta desembocar en la actual estructura de la propiedad, en la que predominan los medianos y pequeños cosecheros.

SEGUNDA ETAPA: 1915-1958

De la plaga filoxérica a la crisis rural de los años cincuenta

Esta etapa comienza hacia 1915, momento en que como ya hemos avanzado el viñedo comarcal empezó a ser destruido por la filoxera y el mildiu atacaba con especial virulencia (en 1885 ya había dado un aviso, pero no había vuelto a repetirse). Se calcula que por estas fechas el viñedo comarcal debía cubrir ya en torno a las 20.000 hectáreas, que tuvieron que ser arrancadas en casi su totalidad y volver a replantar con planta americana resistente a la filoxera.

La crisis de producción vino acompañada desde 1915 a 1936 por unos precios del vino relativamente bajos. La caída de la renta en el sector agrario hizo que muchos jornaleros y pequeños cosecheros emigraran a las zonas industriales de Cataluña (entonces en plena expansión) y a Valencia.

Al mismo tiempo, muchos grandes propietarios, sobre todo aquellos que no atendían directamente sus explotaciones (médicos, abogados y otros adinerados de Valencia y Madrid, cuyas familias habían comprado tierras en la segunda mitad del XIX), desanimados por los bajos precios del vino, prefirieron poner en venta sus fincas antes que correr con los gastos que suponía la replantación de los viñedos filoxerados. Aquella ocasión fue aprovechada por muchos de nuestros abuelos para adquirir grandes parcelas de tierra a precio relativamente barato.

De esta forma, la crisis vitícola no fue tan negativa como cabría pensar, sobre todo desde la perspectiva de los que optaron por quedarse, ya que les permitió incrementar su patrimonio.

La Crisis Económica de 1929, la Guerra Civil Española (1936-39) y la Segunda Guerra Mundial (1940-45) trajeron consigo, entre otras desgracias, una fuerte disminución del comercio y, sobre todo, de las exportaciones. La imposibilidad de dar salida a la mayor parte del vino obligó a su destilación, con lo que toda la comarca se vio poblada de fábricas de alcohol. La economía se hizo más primaria y, en un medio rural como el nuestro, se acentuó la economía de subsistencia y autoabastecimiento. Al no haber alternativas laborales mejores en el resto de España, algunas familias marcharon a América, pero en líneas generales apenas hubo emigración, con lo que la población volvió a crecer de 42.100 hbs en 1930 a 46.700 en 1950.

TERCERA ETAPA 1959-1993***Crisis rural: el fin de una época. Mecanización y cooperativismo.******Hacia un modelo de sociedad entre el campo y la ciudad***

A partir de 1950, y en la medida en que se iban superando las secuelas de las Guerras y la Autarquía imperante en España desde 1939, el modelo social y económico tradicional empezó a tambalearse. En muy pocos años España dejó de ser un país eminentemente agrario y rural para transformarse en industrial y urbano, proceso que estuvo acompañado por el mayor movimiento migratorio que conoce nuestra historia.

Es verdad que en nuestra comarca los cambios no fueron tan traumáticos como en otras de nuestro alrededor (Serranía, Manchuela, Valle de Ayora...), sin duda alguna por la existencia de dos ciudades (Requena y Utiel) que en cierto modo actuaron como centros urbanos, incluido un tímido proceso de industrialización. No obstante, en el resto de municipios y, sobre todo en las aldeas y caseríos, la crisis del modelo tradicional fue tan profunda que todavía estamos sufriendo sus consecuencias.

En pocas palabras el proceso podría definirse como una pérdida acelerada de competitividad de la agricultura frente a la industria y el sector terciario, o, dicho de otra manera, como el hundimiento del poder adquisitivo del mundo rural frente al mundo urbano.

Una buena muestra es el desfase que en pocos años se produjo entre el precio del vino y el salario medio de un jornalero. El estudio de la contabilidad de una empresa agraria familiar, la de Hermanos Hernández de Campo Arcís (100.000 cepas, 2.700 hectolitros de cosecha media), nos ha permitido comprobar que entre 1940 y 1958 la evolución del precio del vino y de los jornales fue paralela y que, más o menos, con el valor de una arroba de vino (15115 litros) se podía pagar el jornal de un peón. Esto les permitía tener de 12 a 15 trabajadores fijos, entre muleros (6 mulos) y peones, y formar cuadrillas de hasta 12 mujeres en época de rayuelo y de 50 vendimiadores durante las tres semanas que duraba la recolección.

El desfase entre precios del vino y salarios se inició, coincidiendo con el Plan Nacional de Estabilización, en 1959 y se aceleró a partir de 1963, de tal manera que ya en 1970 el valor medio del vino se había reducido a sólo el 40 % con respecto al coste medio del salario, y en 1975 había bajado ya al 32 %. Esto significa que entre 1955 y 1975, la relación entre los costes salariales y el precio medio del vino se había triplicado. Para ahorrar en jornales, esta empresa fue sustituyendo los mulos por tractores y redujo su plantilla de peones fijos, que quedaría formada en 1975 por un tractorista y sólo 4 peones.

Esta reducción de mano de obra no se limitó sólo a grandes explotaciones como la de HH Hernández. A menor escala eran muchos los medianos propietarios que podían costearse antes de 1960 un «mozo de mulas» fijo y que en el transcurso de los años sesenta tuvieron que desprenderse de él. La

sustitución de la fuerza de trabajo animal por los tractores fue la segunda parte de este proceso que, al completar la fase de mecanización dejaría sin trabajo no sólo a los tradicionales mozos de mulas y jornaleros, sino también a una parte de la mano de obra familiar.

Los intentos de los viticultores por mejorar su situación sirvieron para acelerar en aquellos años críticos otro proceso fundamental en la historia comarcal: el cooperativismo. Es verdad que las primeras cooperativas empezaron a gestarse ya antes de la Guerra. La de Utiel fue creada en 1927 y la Vinícola Requenense en 1935. En los años cuarenta se fundaron las de Camporrobles y Sinarcas, pero fue ya entre 1955 y 1965 cuando fueron creadas la inmensa mayoría de las tres docenas de bodegas cooperativas que conocemos actualmente. Aunque los primeros socios eran casi exclusivamente pequeños cosecheros sin bodega propia, muy pronto también la mayoría de los medianos y grandes cosecheros se integraron en las cooperativas y cerraron sus bodegas familiares. De esta suerte, casi dos mil bodegas fueron desmanteladas y en su lugar, cuando estaban dentro de los cascos urbanos, sus dueños habilitaron cocheras, almacenes o nuevas habitaciones para su vivienda. Las que estaban en descampado fueron abandonadas y en su lugar hoy no suele haber más que ruinas.

El movimiento cooperativista tuvo (y sigue teniendo) algunos aspectos muy positivos: liberó al pequeño cosechero sin bodega de tener que vender la uva a bodegueros comisionistas o maquiladores, permitió y abarató los costes de elaboración del vino y, sobre todo, posibilitó la venta directa del vino en grandes partidas, con lo que se obtenían mejores precios. En algunos casos se dió un paso más y se instaló una planta embotelladora para comercializar vinos con marca propia (Vinícola Requenense, Agrícola de Utiel) y en otros se optó por asociarse en cooperativas de segundo grado, como COVIÑAS (1965), integrada por 14 cooperativas y que incluye no sólo la crianza y embotellado de vinos sino también la fabricación de alcohol y la industrialización de los subproductos.

La mecanización de las tareas agrícolas y la asociación de los cosecheros en grandes bodegas cooperativas tendría varias consecuencias sobre el propio sector agrario y sobre la sociedad rural. En el primer caso hay que hablar de una nueva expansión del cultivo del viñedo favorecido tanto por las ventajas que daba la vinificación colectiva, cuanto por la supresión de los animales de labor, para cuya alimentación cada agricultor venía reservando varias parcelas de cereal, que ahora podía plantar de viña. La propia mecanización (tractor y sus correspondientes aperos para la labranza, sulfatado, abonado, remolque de uva, etc.) suponía una fuerte inversión que había que optimizar centrándose en un sólo cultivo (menos aperos y mayor rendimiento de los mismos), por lo que la tendencia de la mayoría de agricultores fue hacia la viticultura en régimen de monocultivo. Al mismo tiempo pronto se hizo patente que con la mecanización del cultivo de la vid

una sola persona podía llevar la explotación e incluso ampliarla sin necesidad de la ayuda de otros miembros de la familia. De esta manera la rentabilidad de las explotaciones aumentó de forma notable.

Al tiempo que esto ocurría, se mejoraban las condiciones de las viviendas y se iban adoptando modos de vida cada vez más parecidos a los de las sociedades urbanas. No nos referimos a la dotación de electrodomésticos, teléfono, automóviles y otros accesorios propios de la vida moderna, sino al abandono de elementos genuinamente rurales como era la producción propia de alimentos (pequeños huertos, animales de corral) o la dedicación exclusiva de todos los miembros de la familia a la agricultura, sustituida ahora por el trabajo en fábricas, comercios, bancos, etc. de la zona, y la posibilidad de los hijos de poder ir a estudiar a los institutos de Utiel y Requena y de continuar luego en la Universidad.

Este proceso de «urbanización» de la sociedad rural es todavía más patente en el caso de las aldeas más próximas a las dos ciudades (Utiel y Requena), ya que muchas familias aldeanas han comprado un piso en la ciudad y van alternando la residencia según las épocas del año o los días de la semana. En algunos casos de aldeas con pocas dotaciones de servicios (escuela, médico, comercio...) como El Rebollar, La Portera, Casas de Eufemia, San Juan, etc. son muchas las familias que viven ya en Requena de forma permanente y es el padre de familia quien cada día se traslada hasta la aldea para trabajar las tierras. Pero también empieza a ser frecuente el caso de las familias que viven en las aldeas y tienen su trabajo en las ciudades, beneficiándose así de mejores viviendas y ambientes más tranquilos. Este fenómeno ha propiciado que en algunas aldeas como San Antonio y Campo Arcís, donde los servicios mínimos de educación y sanidad siguen garantizados, la demanda de viviendas haya propiciado la construcción de nuevas barriadas.

CUARTA ETAPA: 1993-2001

Reactivación de la economía vinícola.

El turismo como actividad complementaria

En los últimos años la economía de la Meseta de Requena-Utiel parece haber entrado en una nueva etapa, de la que todavía no se vislumbra cuál pueda ser el final. El viajero que sube o baja desde Valencia a nuestra comarca, se da cuenta de que el viaje se le ha hecho más corto y más cómodo, y es que ahora hay una gran autovía, la A-3, que recorre la comarca de este a oeste y, lo que es más importante, la acerca cada vez más a Valencia, su punto de referencia, del que se espera como agua de mayo el impulso dinamizador. La reducción de la distancia-tiempo permite una mayor fluidez e incrementa las relaciones. Nuestros estudiantes en las Universidades de la capital pueden ir y volver a clase en el mismo día sin que sus familias tengan que alquilar un piso en la capital; los turistas valencianos suben cada vez más

a menudo a visitar nuestros monumentos y bodegas, al tiempo que aprovechan para comprar embutidos y vinos y para comer en nuestros restaurantes. En una palabra, la Autovía A-3 está provocando cambios en las relaciones comerciales y laborales, a los que será preciso adaptarse mediante la especialización en la producción y la oferta competitiva.

El sector vitivinícola anda ahora muy revolucionado. Tras haber conocido una cierta regresión entre 1985 y 1995 debido al abandono definitivo promovido por las primas comunitarias y la sequía (1993-95), el último quinquenio del siglo XX pasará a la historia sin embargo como uno de los mejores de todos los tiempos: buenas cosechas, buenos precios, aumento espectacular de las exportaciones de vinos embotellados, proliferación de nuevas bodegas comerciales, inversiones procedentes de otros sectores (industria, comercio, construcción...).

La entrada de España en la CEE y, sobre todo, la creación de la Unión Europea en 1993, han eliminado fronteras y los vinos rosados y tintos de crianza con denominación de origen Utiel-Requena han empezado a ser reconocidos por los consumidores del centro y norte de Europa (Dinamarca, Alemania, Suecia, etc.). Las exportaciones han crecido de forma espectacular: de menos de un millón de botellas en 1992 a doce en 2000. Parece que por fin algunas bodegas no sólo hacen buen vino, sino que además saben venderlo.

Pero el nuevo siglo lo está volviendo todo del revés: los excesos en nuevas plantaciones y, lo que es peor, el abuso del riego al que tan rápidamente se han sumado tanto los «nuevos» como los viejos viticultores, están repercutiendo de manera muy negativa: los precios vuelven a hundirse a niveles de hace ocho o nueve años, la calidad del vino y su reputado color se resienten.

El futuro de Requena-Utiel, sin despreciar una posible inversión industrial que venga del exterior, se fundamenta en el desarrollo de las materias primas y de los profesionales comarcales: el vino ante todo, con embotellados de calidad que multipliquen por cinco el valor actual de la producción agraria; pero también la almendra, la ganadería, los bosques, el turismo y, cómo no, la promoción de ese embutido que unos pocos y modestos artesanos del sector están logrando hacer famoso en muchas partes.

En el momento actual se confía mucho en el turismo, tanto urbano como rural, ya que la comarca cuenta con buenos reclamos como puede ser el Barrio de la Villa de Requena y el valle del Cabriel. Los primeros pasos ya se han dado: las visitas guiadas a la Villa, la construcción de albergues y hoteles rurales en Venta del Moro, Sinarcas, Casas del Río, El Renegado, El Terrerazo, etc.; la promoción de productos alimenticios a través de la Feria del Embutido de Requena y Utiel Gastronómica; las Rutas del Vino, etc.